

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**MARINA DE ESCOBAR  
GRAN MÍSTICA DE VALLADOLID**

**S. MILLÁN – 2022**

## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

Primeros años.

Mayoría de edad.

Enferma en cama.

Visión de santos.

a) San José.

b) San Ignacio y santo Domingo.

c) San Agustín.

d) San Francisco y San Andrés.

e) San Cosme y San Damián.

f) San Joaquín y Santa Ana.

g) Otros santos.

La Virgen María.

La Eucaristía.

Esposa de Jesús.

El demonio.

La peste.

El cielo.

El limbo y el purgatorio.

Los ángeles.

San Miguel y San Gabriel.

Difuntos.

Bilocación.

Visiones.

Llagas.

Conversiones.

Sanaciones

Su muerte.

### CONCLUSIÓN

## INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a referir algunos hechos de la vida de la gran mística española Marina de Escobar. Están tomados del libro que escribió su confesor y director espiritual durante 30 años, el padre jesuita Luis de la Puente. En este escrito él introduce muchísimas visiones y hechos extraordinarios de su vida, (escritos por ella misma por mandato del mismo padre confesor.

Es muy interesante todo lo que refiere sobre sus visiones espirituales en las que Dios mismo le hace comprender muchos de los grandes misterios de nuestra fe como el de la Santísima Trinidad, de la Santísima Eucaristía, de la Encarnación, de su pasión y muerte... Ella misma nos dice con sus propias palabras del siglo XVI y XVII sus experiencias, sobre todo su relación con los ángeles, no solo con su ángel custodio, sino también con sus otros cuatro ángeles que el Señor le dio para cuidarla y de otros muchísimos ángeles, que se presentaban normalmente, acompañando a Jesús, a María o a otros santos en sus apariciones.

Es admirable cómo se nota en sus vivencias la relación tan estrecha entre ella, los ángeles y los santos del cielo, y también su lucha contra los demonios, seres reales, que con el permiso de Dios, la maltrataban y le hacían sufrir para obtener así muchos méritos para la conversión de los pecadores y salvación de muchas almas del purgatorio. Sus ángeles siempre estaban a su lado para frenar a los demonios y defenderla, solo permitían las tentaciones o maltratos del demonio hasta un cierto punto.

Jesús la bendijo abundantemente, porque realizó con ella el matrimonio espiritual y se sentía feliz de llamarla esposa, le dio sus llagas o estigmas, aunque invisibles, y le dijo claramente que todo lo que pidiera (siempre que fuese conveniente y para gloria de Dios) se lo concedería. Por eso, vemos cómo salvaba muchas almas del purgatorio y pudo con su intercesión obtener la desaparición de la peste del año 1599 en Valladolid e incluso, hizo milagros de sanación de enfermos.

Por esto y por mucho más podemos leer esta vida con la certeza de que fortalecerá nuestra fe en las principales verdades de nuestra fe católica para vivirla así más en plenitud y poder compartirla con los que, alejados de Dios, tienen dudas o falta de fe.

**Nota.-** A hace referencia al libro del padre Luis de la Puente, con muchísimas notas autobiográficas de Marina de Escobar. El libro se titula: *Vida maravillosa de la venerable virgen doña Marina de Escobar*, escrita por el padre Luis de la Puente, Madrid, 1766.

Debo anotar que en algunas ocasiones he corregido un poco el texto original para hacerlo más inteligible, sin cambiar el sentido

## PRIMEROS DÍAS

Marina de Escobar nació el 8 de febrero de 1554 en Valladolid. Pertenecía a una familia acomodada. Sus padres fueron Diego de Escobar, doctor en leyes y cánones, abogado de la Real Chancillería, gobernador un tiempo del Estado de Osuna y catedrático de Prima y Sexta en la universidad de Valladolid. Y su madre, Margarita Montaña de Monserrate, era hija del protomédico del emperador Carlos V. En total tuvieron ocho hijos que llegaron a la edad adulta y dos que murieron siendo niños. Ambos esposos acostumbraban ir a misa todos los días.

Entre los propósitos que tenía hechos su padre, algunos eran: ir a misa todos los días, visitar cada día a algún enfermo, consolar a alguna persona triste, dar limosna a los pobres que hallare en las calles y plazas, darles posada, hospedarlos, confortarlos y darles de comer y vestir, considerando que lo hacía al mismo Jesucristo, llevar cilicio, disciplinarse una vez por semana y ayunar cuando lo manda la Iglesia, y las vísperas de fiestas de la Virgen <sup>1</sup>.

Marina declaró siendo adulta que muchas veces había visto a sus padres felices en el cielo. Cuando tenía un año y medio, su abuela paterna acudió a Valladolid para asistir al doctorado de su hijo y al regresar a Ciudad Rodrigo se llevó consigo a Marina, que permaneció allí 9 años, viviendo al cuidado de una tía que la educó como hija propia. Desde sus 20 meses, aprovechó las enseñanzas que le daban porque el Señor parece que le adelantó el uso de la razón de modo milagroso. Desde los tres años tuvo como único fin amar a Dios sobre todas las cosas. A los cuatro vivió su primera experiencia milagrosa en Robleda, aldea cercana a Ciudad Rodrigo.

Pasaba junto a su casa un arroyo de agua y de la otra parte había un prado. La niña, mirando al prado, quiso irse nacía él y dijo entre sí: *Quiero pasar este arroyuelo e ir al prado para buscar a mi Dios allí.* Alzando un pie para ponerlo en el agua, le dijo nuestro Señor: *¿Qué haces niña?* Dijo ella: *Voy a buscar a mi Dios.* Respondió Jesús: *Yo soy ese Dios que tú buscas y primero te busqué yo a ti, vente conmigo.* Y viniendo con ella, la llevó a casa de su tía y, entrando por la puerta, la dejó. Su director espiritual, el padre Luis de la Puente, anota que a

---

<sup>1</sup> A p. 2.

veces dudó si esa experiencia fue real, pero que su ángel le aseguró que había sido real <sup>2</sup>.

A los nueve años volvió a la casa paterna desde la casa de la abuela, donde estaba y que no abandonaría más. Ella nos dice: *Al llegar a los 10 años de mi edad, poco más o menos, comencé a distraerme, dejándome nuestro Señor como a solas para que viese y conociese que todo lo pasado era dádiva suya y que yo no tenía nada, ni podía tener cosa buena de mi parte. En una ocasión, me junté con otra doncella de mi edad, muy traviesa y no bien inclinada, de quien aprendí algunas travesuras y juegos no muy recogidos y a tener particular cuidado en componer el tocado y mirar por el cabello y era amiga de parecer bien sin intención dañada de pecado grave, pero hablaba muchas palabras vanas, mezclando algunas agudezas que daban pena a mi buen padre; y no rezaba ya el rosario y dejé las devociones que solía tener. En esas vanidades perseveré hasta los 14 años.*

Dios hizo que el padre jesuita Jerónimo de Ripalda fuese a su casa por ser amigo de sus padres y los invitó a confesarse. Su madre la llevó a ella y a sus hermanas a confesar y tomó por confesor al padre jesuita Diego de Samaniego. Así a las pocas semanas perdió las malas (costumbres) que había tomado y comenzó con fervor su vida cristiana. Nos refiere: *Leía muy continuamente en santos y devotos libros, procurando siempre hacer lo que en ellos se enseñaba y amonestaba y hacía penitencias de ayunos y vigiliias y oraciones y cilicios y otras cosas.*

El demonio (con permiso de Dios), dice, *me afligía gravemente con temores de que se me mostraría y me trataría mal y yo, miserable y flaca, lo temía y no me dejaba sosegar a solas...* Tenía muchos escrúpulos (de ver en todo pecado) y anota: *Esta cruz (de los escrúpulos) fue larga y pesada.* Le duró casi 14 años.

De los 14 a los 18 años vivió un período de paz y provecho espiritual, sirviendo y obedeciendo a sus padres y ocupándose particularmente del cuidado y enseñanza de sus hermanos menores. Leía continuamente vidas de santos y libros devotos sobre todo el *Memorial de la vida cristiana de fray Luis de Granada*, de quien se declararía más tarde hija espiritual.

---

<sup>2</sup> A p. 3.

## MAYORIA DE EDAD

A sus 18 años, la víspera de San Miguel, probablemente de 1572, se le puso delante en un punto la majestad de Jesucristo en la forma que Pilatos lo sacó cuando le dijo *Ecce Homo*. Y con esa visión apenas pudo dormir esa noche, pues estaba encendida en amor de aquel Señor. Al día siguiente, llevándome mi madre a ver la feria, ni apenas veía ni entendía lo que allí pasaba, porque tenía el alma como presa de aquel santo amor y los sentidos corporales como dormidos <sup>3</sup>. Quiso ser religiosa carmelita descalza, pero su padre por falta de salud, no se lo permitió.

Al morir su padre, Marina tenía 27 años. Fue enterrado en el convento de San Francisco en sepultura propia situada en el cuerpo de la iglesia en la que se enterraría también a casi todos sus descendientes.

De todos sus hermanos fue la única que permaneció viviendo con su madre en la casa paterna. Juntas vivieron hasta el día 22 de julio de 1603. Estuvieron acompañadas durante un tiempo por dos muchachas que les servían y a quienes alimentaba su madre y pagaba Marina de su voluntad y por su cuenta. En 1603 Marina buscó independencia y desde entonces ocupó mucho de su tiempo el trabajo en hilo, haciendo bordados gracias a su habilidad, aun estando enferma y delicada. Ella misma contaba que sus hermanas se reían de que venían a casa las labradoras, preguntando por la costurera de Fuensaldaña, porque para este lugar y otras aldeas vecinas hacía ella toda la costura que podía. Sin embargo, su principal fuente de ingresos fueron las limosnas que le proporcionaron algunas personas que la conocían y le pedían oraciones. Con esas limosnas pagó la dote de cinco de sus sobrinas ¿que entraron en Órdenes religiosas.

Por otra parte, además de su trabajo de manos, educaba espiritualmente a sus compañeras que vivían con ella, no las miraba como criadas sino como hijas, sobre todo a Marina Hernández, que desde 1602 la acompañó hasta su muerte y que dice que era *sus pies y manos en cosas espirituales y temporales y podía hablar con ella de todas las materias por ser persona de gran virtud y entendimiento*. Cuando murió fue para ella un duro golpe. Y durante sus últimos siete años de vida tuvo como compañera fiel a María de la Lama González, que

---

<sup>3</sup> A pp. 5-7.

hizo de secretaria para escribir sus revelaciones, ya que ella no podía escribir, solo le dictaba.

Normalmente acudía a la Casa profesa de los jesuitas de Valladolid para confesarse y asistir a misa. Tuvo diferentes confesores jesuitas: Diego Pérez, Francisco de Lara y Pedro León.

Bajo la dirección de Pedro León hizo voto de castidad en Navidad de 1595 con estas palabras: *Yo Mariana Escobar, hija del doctor Diego de Escobar y de doña Margarita Montaña, su mujer, prometo a Dios todopoderoso y a Jesucristo nuestro Señor, delante de la sacratísima Virgen María, madre de Dios y Señora nuestra, y delante de todos los santos y santas de la Corte celestial, a quienes tomo por mis abogados e intercesores de nunca conocer otro esposo y de guardar castidad toda mi vida, lo cual cumpliré y lo guardaré, ayudada de su santísima gracia* <sup>4</sup>.

El padre Pinto en la Segunda parte de su vida escribió: *Un día le mandó el padre Pedro León con una escudilla debajo del brazo a ir a comer a la puerta de algún convento con los demás pobres y siendo persona tan principal fue más y más veces. Otras veces iba a la iglesias donde había pobres a la puerta, llagados y poniéndose ante ellos les daba limosna y reconociendo en ellos a Cristo besaba las llagas que tenían en sus pies.* El confesor le permitió comulgar todos los días frecuentando también diferentes iglesias.

## **ENFERMA EN CAMA**

Muchas personas de alta alcurnia la visitaron o se comunicaron con ella como funcionarios de la Cancillería, catedráticos y doctores y algunos altos funcionarios, cuando la Corte del rey Felipe III estaba en Valladolid. La reina de Hungría, hermana de Felipe IV le envió en 1629, 700 reales de plata. También le visitaban obispos y otras personas importantes. Todos salían impresionados de su sabiduría y santidad.

En 1603 a sus 49 años abandonó la compañía de su madre para instalarse con Marina Hernández y alguna otra compañera en otro piso del mismo edificio familiar. El 21 de noviembre de 1603 tuvo lugar un hecho que afectó a los siguientes 30 últimos años de su vida. Ese día el demonio le dio un golpe en el lado izquierdo del pecho que la dejó baldada y debilitada de fuerzas. A partir de ese momento no pudo andar y no pudo salir de casa sin ayuda o por medios milagrosos. Normalmente vivía echada en su cama imposibilitada de acudir

---

<sup>4</sup> A p. 55.

siquiera a la iglesia, pero su vida espiritual iba intensificándose. Su reducida habitación se convirtió en lugar de atracción para muchos que acudían a visitarla llevados de su fama de santidad.

Su habitación era pequeñita y estaba sin luz natural y sin ventilación por hacerle daño en sus achaques. Ardía perpetuamente un candil de noche y casi todo el invierno, también de día aparte de otras luces que se encendían al tiempo de decirle misa en su mismo cuarto. Sobre su cama siempre tenía un crucifijo. Según declaran algunas de sus compañeras, en su habitación había siempre polvo en verano y en invierno y, si lo limpiaban, debía ser despacito para evitar que el polvo le hiciera daño. Cuando entraba alguna persona en su habitación la pequeña corriente de aire e incluso su olor, le molestaba. Tenía algunas imágenes allí y en unas tablas había unos ángeles pintados con la apariencia de cómo los veía. También tenía una cruz grande de maderos toscos hecha por una de sus compañeras y que había sido bendecida por Cristo y adorada por los ángeles. Cuando hacía mucho calor en verano, pedía a sus compañeras que la sacasen a otro sitio más fresco, donde pasaba el verano. Tenía junto a su cuarto un oratorio privado, donde algunos sacerdotes celebraban la misa con la licencia del obispo.

Se había grabado sobre su corazón el anagrama del nombre de Cristo JHS y así se le suele representar con este anagrama sobre su pecho. En el convento de santa Brígida hay varias pinturas donde se representan a Marina en cama, rodeada de ángeles, permanentes compañeros suyos, o dialogando con los santos de su devoción, especialmente con san Ignacio y santo Domingo de Guzmán. Por las noches solo dormía una o dos horas y a veces nada. Comía muy poquito. Algunos declararon que pasó mucho tiempo sin comer carne ni pescado ni cosa que supiese bien, alimentándose de los peores pedazos de pan que daban a los pobres.

## **VISIÓN DE SANTOS**

### **a) SAN JOSÉ**

*En la víspera de san José del año 1614, estando en cama enferma, me acordé que en la procesión que se hace en esta ciudad de Valladolid, llevan una imagen de san José con el Niño Jesús de la mano, como cuando lo halló en el templo y se volvió a Nazaret. Me vino el deseo de ver esta imagen y oí una voz del mismo santo que me dijo: “Pues deseas ver mi imagen, yo vendré a visitarte”. A la mañana siguiente, diciéndose misa en el oratorio (de mi casa), vi al glorioso san José junto al altar, al lado de la epístola y al Niño Jesús muy hermoso encima del mismo altar. Y al tiempo que el sacerdote llevó el Santísimo Sacramento en su patena desde el altar a mi cama, vino también el glorioso san*



*José e hincóse de rodillas junto a la cama y el Niño Jesús se puso cerca de mí hasta que comulgué y me dijo que encomendase a Dios los reinos de Inglaterra y Francia* <sup>5</sup>.

*Otro día de san José se me apareció este santo patriarca. Venía ricamente ataviado al modo de aquel tiempo. ¡Qué gran santazo fue este patriarca! Y fue carpintero. El santo con gran gravedad y agrado respondió a mi pensamiento y me dijo: “Verdad es que fui lo que dices, pero el Señor me dotó de gran habilidad y de gran entendimiento y fui muy primoroso en el arte y hacía algunas obras, no muchas, de valor y primor, y con el precio de ellas sustentaba al Señor y a su santísima madre y su Majestad lo aumentaba de suerte que, no ocupándome mucho en el trabajo, había lo necesario para el sustento y nuestra pobreza no era vil ni miserable, sino honrada. Teníamos pocas cosas, pero eran conformes a la calidad de las personas y uso del tiempo, y de esta manera los sustenté todo el tiempo que viví; y mi Señora y esposa también trabajaba y hacía algunas cosas preciosas, tejidas a la almohadilla, con gran quietud y gravedad”. También el Señor me dio gran conocimiento de las Escrituras y profecías y conocí todo lo que había de pasar el Redentor. La cruz que él tuvo presente desde el instante de su concepción, también la tuve yo presente y esta me traspasaba el alma, de suerte que, teniendo en mis indignos brazos a aquel santísimo Señor, muchas veces, me acaeció, considerando lo que había de padecer, derramar lágrimas sobre sus sagradas vestiduras y otras veces, teniéndole en mis brazos, calentaba en tiempo de frío sus sacratísimas manos con el aliento de mi boca* <sup>6</sup>.

## **b) SAN IGNACIO Y SANTO DOMINGO**

Un día había muerto un hermano de la Compañía de Jesús y pusieron su cuerpo en la capilla mayor, juntándose allí todos los padres y hermanos para hacer el Oficio de difuntos. Alcé los ojos hacia el altar mayor y vi que a un lado del altar, enfrente del difunto y de los padres y hermanos, estaba nuestro santo padre Ignacio, vestido como los demás padres, con su manteo y bonete. Estuvo siempre de pie, la cabeza descubierta y el bonete en la mano y el rostro vuelto al difunto. Estaba callado, como quien oía el Oficio que se decía y por esto daba a entender que no quería hablar. Sin hablar me dio a entender que no se iría hasta que llevasen el cuerpo del hermano a la sepultura y que, al despedirse, quería echarle la bendición <sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> A p. 351.

<sup>6</sup> A pp. 352-353.

<sup>7</sup> A p. 82.

De aquí fue creciendo mucho más esta su frecuencia, acudiendo nuestro padre san Ignacio a consolarla y ayudarla en todas sus dudas. Ella le daba cuenta de sus miserias como si fuera su confesor, hablándole con gran familiaridad, nacida de la frecuencia de las visitas. Y en sus enfermedades, la visitaba y consolaba como un amigo suele visitar a otro amigo en semejantes tiempos <sup>8</sup>.

*Otro día me vino a visitar el glorioso santo Domingo de Guzmán y, viendo él que estaba tan allegada a la Compañía de Jesús por haberme criado con la doctrina de ella y parecerme a mí que en ninguna otra Orden había de hallar maestro y confesor que satisficiera mi necesidad y, queriéndome este glorioso santo (Domingo) dar a entender que sí hallaría, a fin de que también tratase con sus religiosos, me dijo: “Si tú quisieres, entre los míos no te faltaría confesor y maestro de espíritu a propósito de tu necesidad y consuelo” <sup>9</sup>.*

*Un día se presentó Jesús y tenía en sus manos un corazón y con la luz que el Señor me dio, conocí que era el mío... Y Jesús esculpíó en ese corazón: “Aquí mora Jesús”. Sentí algún dolor cuando se esculpía. Luego vino allí la Virgen sacratísima, acompañada de los dos santos patriarcas, santo Domingo y nuestro Padre san Ignacio, y en presencia del Señor que aún estaba allí, me saludaron cada uno por sí y me dieron el parabién del huésped que tenía en mi corazón. El santo ángel de mi guarda con mucha razón quedó gozosísimo, pues era grande gloria suya ser guarda del corazón donde mora el mismo Jesús; porque, aunque more por gracia en los justos, con singular gracia moraba en esta sierva donde puso tal letrero, que fuese como espanto de los demonios y estorbo para que no entrase en él cosa indigna de morador tan soberano <sup>10</sup>.*

### c) SAN AGUSTÍN

*Otra vez, estando en oración, vi al glorioso padre san Agustín, vestido con el hábito de su Orden, con un rostro grave y resplandeciente y, como nunca le había visto, pasé por ello sin hacer mucho caso. Otro día volvió a ponérseme delante de la misma manera y entonces reparé un poco más que la primera vez. El glorioso santo, conociendo mi temor, me dejó. Volvió la tercera vez de la misma manera con el rostro resplandeciente y glorioso y tenía el hábito sembrado de unas estrellas que relampagueaban con una luz muy grande y el corazón encendido y hecho un fuego de amor de Dios <sup>11</sup>.*

---

<sup>8</sup> A p. 82.

<sup>9</sup> Ib. p. 98

<sup>10</sup> A p. 105.

<sup>11</sup> A p 359.

#### d) SAN FRANCISCO Y SAN ANDRÉS

Una vez la visitaron los tres santos patriarcas, sus devotos. Entró primero san Francisco, después nuestro padre san Ignacio y luego santo Domingo. Dice: *Se adelantó san Francisco con mucha caridad y se llegó a mí, hizo un ademán, extendiendo la mano como que quería tocar la mía. Fue grande el alboroto que causó en mí esta acción sola. Me retiré con gran presteza de la misma manera que si fuera un hombre mortal, que quisiera hacer lo mismo. Se sonrió y dijo: “¿De qué te turbas? ¿No sabes que este no es mi cuerpo verdadero, sino una sombra y figura del que tuve en quien está mi espíritu?”. Con esto se apartó y volvió junto a san Ignacio, mirándole con una risa como quien le decía que viese lo que había pasado. El padre san Ignacio respondió: “Extraña es la pureza de esta criatura en esta materia de castidad”. Con esto que dijo el santo, se alborotó más como corrida de lo que había oído decir. La alentó santo Domingo y la dejó consolada.*

Estando un día hablando con nuestro padre san Ignacio, vi que se levantaba de la silla en que estaba sentado para recibir al glorioso san Francisco, que venía con cuatro o cinco religiosos de su Orden, que le acompañaban con mucha reverencia y humildad, y en habiéndole nuestro santo padre recibido con mucho contento, se sentó el glorioso Francisco en una silla que allí estaba, del mismo color que los hábitos que traía vestidos. Yo me levanté y le pedí licencia (a san Francisco) para besarle los pies y el glorioso san Francisco lo consintió y le besé el pie izquierdo, que era el que estaba al lado donde yo me llegué, en el cual tenía una santa llaga a la manera de las de Cristo nuestro Señor, que parecía una preciosa y hermosísima rosa, que alegraba la vista del alma, que no llaga de horror ni de dolor. Esto me dio mucha consuelo. Como estaba con gran dolor de cabeza le pedí al santo que fuese servido de aliviarme. Se levantó de la silla en que estaba sentado, estando yo de rodillas a su lado, y me puso la manga de su hábito sobre mi cabeza. Yo me levanté y me pasé otra vez al lado de mi santo padre Ignacio <sup>12</sup>.

Un día se le presentó el apóstol san Andrés y nos dice: *Yo le pedí que fuese mi abogado e intercesor y ayudase también a otros y, ofreciéndose a hacerlo, se despidió de mí, echándome la bendición* <sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> A 393-394.

<sup>13</sup> A p. 127.

#### e) SAN COSME Y SAN DAMIÁN

*El día de san Cosme y san Damián por la mañana vi en mi aposento a los santos mártires los cuales me saludaron y dijeron: “Hermana nuestra, hemos venido en el nombre del Señor y con su licencia a consolarte y alentarte en tus penas y fatigas y también a sanar y fortificar tu naturaleza flaca que, aunque somos bienaventurados, también fuimos médicos, viviendo en el mundo y pedimos licencia al Señor para esto. Vente con nosotros a la celestial patria”. Me llevaron a la celestial Jerusalén y, en llegando, me dijeron: “Mira esta celestial patria, adonde has de vivir para siempre, mira estos dichosos ciudadanos, mira esta gloria y grandeza, consuélate y aliéntate que ello has de gozar. Mira estos asientos y sillas, mira el lugar adonde ha de estar tu cuerpo, que justo es que también el que padece vea el asiento adonde ha de estar después de la resurrección general de los muertos”. Estuve un rato gozando de aquella gloria y luego los santos me trajeron a mi rincón y, estando allí, vi que san Cosme tenía en la mano una cruz de oro muy rica y san Damián un botecito como de medicinas. San Cosme me dijo: “Recibe esta cruz que te servirá de consuelo, aliento y esfuerzo para tu alma en tus dolores y fatigas que padeces”. La recibí en la mano y luego se me volvió en una muy linda y vistosa palma con grande admiración mía. San Damián me dio el botecito que traía. Lo recibí en la otra mano y luego se volvió en una rica piedra preciosa de color de rubí, grande como un puño, y me dijo: “Esta servirá de aliento y esfuerzo para la naturaleza flaca que tienes”. Yo estaba mirando mis joyas muy suspensa y luego el ángel de mi guarda me las tomó de las manos y las guardó en sí mismo. Los santos mártires se despidieron de mí con muy buena gracia y me echaron su bendición<sup>14</sup>.*

#### f) SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

El 2 de diciembre de 1622 el Papa Gregorio XV mandó que se rezase a san Joaquín en toda la Iglesia. Esta nueva noticia la conoció ella en febrero del año siguiente 1623. San Joaquín se le presentó un día con la Virgen María a la que traía de la mano. *San Joaquín le entregó a María un collar de oro muy rico para mí y María, llegándose a mí, me lo echó al cuello. Quedé admirada y suspensa de tan grande merced y cuando volví en mí, ya no estaban. Llegado el día 20 de marzo de 1623, día de san Joaquín, traté de que se le hiciese una muy solemne fiesta en el monasterio de Santa Ana de las Recoletas Bernardas y el día*

---

<sup>14</sup> A pp. 281-282.

*antes, estando con nuestro Señor, me dijo su Majestad: “Tú no podrás gozar de la fiesta que haces a tu santo. Vente conmigo y gozarás de la que se le hace en el cielo”. Me llevó el Señor a la celestial Jerusalén y vi al santo patriarca ricamente aderezado dentro del mismo Dios y en su divino pecho. Los ángeles le hacían gran fiesta con su celestial música, cantando alabanzas del Señor y al santo con gran alegría y regocijo, mostrando tenerle grandísimo respeto. Los santos del Antiguo Testamento le hacían también fiesta. Jesucristo nuestro Señor le honraba mucho, llamándole padre. Recibí gran consuelo y alegría en el Señor con semejante fiesta. Luego, otro día que se rezaba a san José, esposo de María, por haberse trasladado su fiesta, que cayó en domingo de Cuaresma, vi a la gloriosa Ana que venía en compañía de san José. La gloriosa Ana me dijo: “El Señor me envía a visitarte y decirte que ha sido obra de muy gran servicio tuyo la que has hecho en procurar se festeje a mi esposo que es grande en el reino de los cielos. Yo he tenido grandísima gloria accidental y gozo en su fiesta. ¿Qué quieres que haga por ti?”. Yo respondí: “Mi Señora, no quiero más que pidas al Señor que me dé su luz para conocer sus verdades y que acierte yo en todo con su santísima voluntad”. Los santos me prometieron ayudarme y se despidieron de mí<sup>15</sup>.*

#### g) OTROS SANTOS

También el Señor le dio a algunos santos como especiales patronos, abogados e intercesores, que la ayudasen en todas sus necesidades espirituales y corporales. La Virgen traía muchas veces consigo a san Joaquín, su padre, y a san José, su esposo. Después, los que más a menudo la visitaron, fueron san Ignacio, que la tenía por su hija (sus confesores eran jesuitas y acudía a misa a su iglesia) y también santo Domingo de Guzmán. Después san Francisco, san Agustín, san Benito, san Bernardo y otros fundadores de Órdenes.

Un día de marzo de 1622, estando con nuestro Señor, vi en mi aposento a los santos patriarcas de las Órdenes con gran número de ángeles que los acompañaban. Eran san Benito, san Bernardo, san Agustín, santo Domingo, san Francisco y san Ignacio, todos juntos. Estaban encadenados debajo de una rica cadena de oro y traían libros en sus manos. Solo san Francisco no lo traía. Me admiré de verlos así encadenados, no sabiendo el misterio. Todos me hablaron y saludaron y en particular el glorioso santo Domingo<sup>16</sup>. Otro día me visitaron santa Catalina de Sena y santa Teresa de Jesús y otros muchos santos y santas en distintos días.

---

<sup>15</sup> A pp. 349-350.

<sup>16</sup> A p. 403.

Un día se presentó santo Tomás de Aquino (de quien suele decirse que negó el dogma de Inmaculada Concepción de María) y le dijo: *Diles a mis hermanos que, si piensan por ventura que me honran y me dan gusto de defender la opinión (contra la Inmaculada concepción) no me hacen ningún servicio ni me dan ninguna honra en eso. Diles esto por reverencia del Señor a quien amas, y de su madre.* Y en diciendo esto, se despidió de mí y se fue. Yo quedé admirada de tales obras del Señor y de lo que el santo me había dicho <sup>17</sup>. El Señor le habló en diferentes ocasiones a favor del dogma de la Inmaculada y de la Asunción de María.

## LA VIRGEN MARÍA

*Una vez vi a mis ángeles más ricamente vestidos que otras veces y les dije: “Mis señores, ¿cómo están tan galanos? ¿Hay alguna fiesta en el cielo?”. Respondieron que no. Y me dijeron: “Es por ti y tú has de ser nuestra fiesta”. Luego me dijo el santo ángel de mi guarda: “Prepárate que quiere nuestro Señor hacerte una gran merced de que te venga a visitar su sacratísima madre”. Y vi venir muchos ángeles y a nuestra Señora hermosísima a maravilla como suele, la cual comenzó a consolarme en mis trabajos (dolores), diciendo que sería mi madre y abogada y que le pidiese lo que quisiese <sup>18</sup>.*

*La Virgen cantó para hacerme feliz y me dijo: “Canta ahora tú también conmigo esta tonada”. Y luego comencé a cantar y a contemplar a la Virgen santísima en su propia tonada y canto siguiéndola y como ayudándola en su contemplación y música y palabras tan divinas como nuestro Señor me lo enseñaba. Esta fue la más alta y soberana contemplación que mi alma había tenido ni sentido jamás. A mi parecer, duró esto un buen rato y luego me quedé callando y elevado el espíritu por más de dos horas. Y, cuando salí de este raptó, no vi a la santísima Virgen, que ya se había ido, y me hallé alentada y esforzada en mi flaqueza y por muchos días me duró la memoria de aquella celestial tonada <sup>19</sup>.*

*Otro día se presentó la Virgen y me dijo: “Yo vengo ahora por ti y te quiero llevar conmigo”. Yo, viendo como estaba, le respondí: “¿Adónde Señora me quieres llevar?”. Respondió: “Te quiero llevar a mi casa de Nazaret, adonde yo vivía estos días cercanos a mi parto. No tengas miedo ni temas desfallecer en el camino, porque del pan que yo comiere., comerás tú. Oyendo esto, admirada de tanta bondad y llena de grande amor”, le dije: “Sea enhorabuena”. Luego me*

---

<sup>17</sup> A p. 417.

<sup>18</sup> A p. 75.

<sup>19</sup> A p. 76.

*llevó en espíritu a su santa Casa de Nazaret y, en llegando, me sentí con particular cansancio, como si el mismo cuerpo hubiera andado aquel camino, aunque yo no supe cómo fui. Pero me llevó la santísima Virgen, la cual me consoló y animó mucho y, poniendo una mesita pequeña, abrió también unas alforjitas muy lindas y aseadas, y de ellas sacó unos pedazos de pan no muy pequeños, partidos de una rosca muy blanca. Me dio el primero que sacó, diciéndome: “Descansa, hija, y come de este divino y celestial pan que te dará fuerza”. Y yo lo tomé y comí de él y sentí un gusto celestial y divino en esta comida y una fuerza tan grande en el cuerpo que me pareció haber como resucitado. Después me hallé en mi aposento consolada y fortalecida, de modo que me duró aquel animo muchos días.*

*De ahí a algunos días me hizo nuestra Señora otro semejante favor, porque, habiéndome renovado mi necesidad, dije un día a la Virgen santísima, aunque con harta vergüenza: “Fuese servida, atendiendo a mi necesidad y flaqueza, darme un poco de aquel divino pan suyo, que me dio la vez primera, cuando desfallecía”. Me respondió que sí me lo daría de muy buena gana a su tiempo. Yo quedé consolada con esta esperanza y, después de un poco de tiempo, se me apareció y llegó a mí como de prisa sin detenerse y me dio dos pedazos de aquel santo pan, uno más blanco que otro y me dijo: “Toma, come y descansa y cobra fuerzas. Yo vendré más despacio y te curaré”. Yo tomé aquel pan y lo comí espiritualmente y cobré nuevas fuerzas como la vez primera y, aunque la comida fue espiritual, puedo decir con verdad, no solo el color, sino el sabor del pan que era suave y blando y tenía una manera de dulzura que se diferenciaba del pan de acá y parecía como pan de tierras extrañas<sup>20</sup>.*

*Un día, rezando el rosario, vi a uno de mis ángeles, el más pequeño; que se llama Parainfo, y es más hermoso que los demás, que a cada cuenta que yo rezaba hacía una manera de cuenta de flores muy lindas hasta que le acabé de rezar y, en acabando, juntó un rosario de aquellas flores y se lo puso al cuello con lo que quedó más hermoso que antes. Yo le dije: “No tenías necesidad de este rosario para tu hermosura que harto galano y lindo estabas”. Respondió: “Así es verdad, pero es tanto el gozo que recibimos los ángeles en el cielo en ver rezar el rosario que para significarle he hecho lo que has visto”. Como todo esto pasó antes de haber tenido las revelaciones que se han dicho de la purísima Concepción de María, no se hizo mención de ella en este rosario, pero, después de esto, yo añadía a las palabras que nuestra Señora me dijo, otra de su Concepción, diciendo: “Bendita y alabada sea la Santísima Concepción, nacimiento y presentación de María”. Les pregunté a mis ángeles, si hacía bien y me respondieron todos que sí<sup>21</sup>.*

---

<sup>20</sup> A pp. 77-78.

<sup>21</sup> A p. 431.

## LA EUCARISTÍA

*Estando un día oyendo misa, al tiempo de alzar la sagrada hostia, me dio nuestro Señor una luz en el alma con la cual vi que, debajo de aquellas especies sacramentales, estaba la Majestad de Dios y hombre verdadero. Mirábale yo, indigna y miserable, y el Señor miraba también a los que estábamos allí, pobres criaturas suyas. Me espantaba de ver al Señor de las Grandezas y a nosotros miserables en una casa y decía dentro de mi alma: “Tu grandeza y nuestra bajeza”. Aquí estuve pasmada un grande rato. Acabada la misa, me fui y por tres o cuatro veces nuestro Señor se me hizo el contradizo, poniéndoseme delante. Y estando así un rato, se me encubría y era tan grande el consuelo que sentía, cuando le tenía delante, que parecía que ya no había más que mi Señor y yo quisiera andarme tras él toda la vida <sup>22</sup>.*

Una vez estaba muy grave enferma y todos pensaron que iba a morir. Padecía muchos dolores, pero al momento que recibió el Santísimo sacramento en la comunión, quedaba sana y libre de la calentura (fiebre) y esto sucedió tres veces, de lo cual, maravillada el médico y todos lo que la veían, decían que cuando me apretara una enfermedad peligrosa que me curasen con la medicina del Cuerpo de nuestro Señor <sup>23</sup>.

*Un viernes de mayo de 1623, estando muy mala, no pude comulgar. Al día siguiente muy de mañana, me previnieron mis ángeles diciendo: “El Señor te quiere hacer merced de mostrarte los cielos materiales como los has de ver cuando el Señor te lleve. No te alteres”. A las dos de la mañana vi venir un gran número de ángeles muy galanes, vestidos de blanco, con cirios blancos encendidos en sus manos, cantando admirablemente y con gran música el himno “Pange lingua”. En entrando en mi aposento, todos se arrimaron a las paredes, hincándose de rodillas. En pos de ellos venía el glorioso padre san Ignacio, acompañado de cuatro santos religiosos de su hábito, vestidos con sobrepellices, y detrás de ellos otros muchos ángeles también con cirios como los primeros. El santo patriarca venía ricamente vestido con alba blanquísima y encima una capa de coro o muceta muy rica, echando de sí gran luz y resplandor. Traía en sus manos un cáliz cubierto con su patena y encima un rico velo. De esta manera entró el santo en el oratorio, rezando y los demás le respondían. Luego entró en mi aposento. Me fui a nuestro Señor y le supliqué que me diese su luz para que no fuese engañada. El santo ángel de mi guarda con un modo grave me dijo: “¿Qué haces? Mira que el Señor te aguarda. Sosiégate”. Llegóse más a mí el santo y los cuatro compañeros se hincaron de rodillas y el uno quitó el velo del*

---

<sup>22</sup> A p 15.

<sup>23</sup> A p. 6.



*cáliz y el otro quitó la patena, y el santo patriarca, sacando una forma que traía en el cáliz, me comulgó de su mano. Todos se fueron y quedaron conmigo mis cuatro ángeles. Me dijeron que se quedaban allí, acompañando al Señor, que allí quedaba dentro de mí<sup>24</sup>.*

*El día de la Ascensión de 1614 vi que se abrieron los cielos y me dijo el Señor: “Mira lo que pasa en aquella celestial Jerusalén y cómo viven allí las almas”. Luego lo vi subir al cielo en compañía de millones de ángeles y yo me fui tras de su Majestad y me metí entre aquellos celestiales espíritus hasta ponerme a los pies de Cristo. Algunos querían echarme de allí con suavidad y Jesús dijo: “Dejadla que yo tengo que bajar al tiempo de la consagración de la misa que se dice (y esto era al principio de la misa) y entonces bajará”. Y bajó el Señor al tiempo de la consagración y entonces bajé yo también con él y quejándome de que me bajaban, me dijo el Señor: “¿Qué quieres?”. Y entonces me descubrió el modo como el Señor estaba en el Santísimo Sacramento del altar<sup>25</sup>. Estaba de pie (ante el sagrario), acompañado de muchos santos ángeles y todos con grande reverencia y admiración del sacratísimo misterio que miraban. Tenía el Señor en sus manos una hostia y luego vi que, de su sacratísima persona y de su divino pecho, salía una fuerza divina con la cual se transubstanciaba toda aquella sagrada hostia en un modo tan admirable y divino que todo aquel mismo Señor nuestro Jesucristo, Dios y hombre verdadero, estaba de la misma manera en aquella hostia que tenía en sus manos. Me quedé admirada y espantada y dije dentro de mí; “¿Qué misterio es este? Cristo nuestro Señor allí y él mismo está en sus manos”. A este pensamiento respondió el Señor, diciendo: “¿De qué te espantas? ¿Parece que te hace novedad lo que ves? ¿No sabes que el Jueves Santo yo mismo consagré el pan y lo transubstancié en mi Cuerpo y sangre y en mí mismo? Pues ese es el misterio cuya imagen ahora se te muestra”. Quedé estupefacta, mirando y entendiendo este misterio de tal manera que podré yo decir de esta verdad que creemos y confesamos de la consagración del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor, no solo que es verdad católica, sino que yo la he visto con los ojos del alma, de tal manera que no se puede dudar de ella. Y me dio su Majestad entonces una luz con la cual conocí cuán conveniente y necesario era para el bien y remedio de nuestras almas este divino y soberano sacramento<sup>26</sup>.*

*De aquí procedían mis ansias con que deseaba ver la sagrada hostia cuando se alzaba en la misa. Y una vez, estando en la iglesia de la Casa profesa de la Compañía, arrimada la cabeza por mi flaqueza a la primera pared del arco de la capilla de nuestra Señora de Loreto, de modo que la segunda pared me*

---

<sup>24</sup> A p. 371.

<sup>25</sup> A p. 201.

<sup>26</sup> A pp. 222-223.

*quitaba la vista del altar mayor, donde entonces se decía misa, como tocasen la campanilla que suele tocarse al tiempo de alzar la sagrada hostia, dije a nuestro Señor: “Ay mi Señor que no te puedo ver de aquí y apenas puedo levantarme”. Entonces dijo: “Tranquila que de ahí me verás”. Y alzando la sagrada hostia, la vi con los ojos del alma y a Jesucristo nuestro Señor en ella desde allí donde estaba sentada, con lo cual quedé consolada y pacífica, libre de una grande turbación que antes tenía <sup>27</sup>.*

*En otra ocasión, el día del Corpus Christi en la procesión que se hace ese día en Valladolid, vi que dentro de la custodia, en la sagrada hostia estaba Jesucristo nuestro Señor vestido con una vestidura blanca muy preciosa, toda bordada y guarnecida de riquísimo oro y piedras preciosísimas. Iba de pie, las manos algo levantadas y apartadas una de otra, con gran gravedad y Majestad. Y con ser la custodia pequeña, estaba y cabía allí todo su sacratísimo cuerpo enteramente con ser de la estatura que su Majestad tiene y en que le veo ordinariamente de edad de 33 años. Estaba rodeado de ángeles con vestiduras muy blancas, los cuales iban algo apartados con grandísimo respeto. Viendo yo a mi Señor en medio de sus criaturas del cielo y de la tierra, tan honrado de todas y tan lleno de su propia gloria y grandeza, fui llena de sumo gozo el tiempo que duró aquella vista sin poderme por entonces acordar de otra cosa. De este modo, le vi seis o siete veces en estas octavas en las procesiones y un día, cuando al fin de la procesión pusieron la custodia sobre el altar, mirando al Santísimo Sacramento, vi a la Majestad de Cristo como solía, pero tenía su sacratísimo rostro como encendido y caluroso a la manera de una persona muy grave y cuerda que, después de haber hecho algún ejercicio corporal, mostrase tener algún modo de cansancio.*

*Otro año en una de estas procesiones, vi a Jesucristo nuestro Señor en la sagrada hostia en modo y forma de rey vestido riquísimamente de vestiduras reales. Íbanle acompañando y sirviendo gran multitud de ángeles y espíritus bienaventurados <sup>28</sup>.*

Increíbles fueron las ansias que nuestro Señor comunicó a su sierva de recibir a menudo el Santísimo Sarménto del altar con un hambre insaciable que no se pudiese hartar con menos que comulgar cada día, quedando más hambrienta para comulgar al día siguiente. Procedieron en esto sus confesores con mucho tiento, dándole este pan del cielo, primero cada ocho días o dos veces a la semana y después a tercer día hasta que juzgaron que se podía dar cada día este pan; y así lo recibía siempre que andaba en pie y podía ir a la iglesia y, cuando las enfermedades crecieron tanto que por muchos años siempre estuvo en

---

<sup>27</sup> A pp. 229-230.

<sup>28</sup> A pp. 230-231.

la cama, no faltó la divina providencia en dar traza que se le sacase Breve (permiso) para poder decir misa cada día en un oratorio de su casa y comulgarla, como lo hacía los días que podía, porque muchos estaba tan apretada que los dolores y achaques no le daban lugar para ello <sup>29</sup>.

A veces el Señor enviaba a sus ángeles para darle de comulgar de modo prodigioso. El primero, llevándole por manos de ángeles sin ser vista a la iglesia al tiempo que el sacerdote daba la comunión. El segundo, dándole espiritualmente una hostia pequeña como las formas con que de ordinario comulgan los seglares, la cual no era verdaderamente sacramento, sino figura y representación de él. Finalmente algunas veces el mismo Cristo nuestro Señor en figura de niño muy pequeño, encima de una patena, se le entraba por la boca y unía con su alma, haciendo los mismos efectos que cuando le recibía en el sacramento <sup>30</sup>.

## ESPOSA DE JESÚS

En 1598, a los 48 años de edad dice: *Estando una mañana en oración amando a nuestro Señor con todas mis fuerzas, vi con los ojos del alma que estaban allí unos santos ángeles muy hermosos, componiendo muchas joyas muy preciosas y mi ángel de la guarda recogía las que otros ángeles tenían recogidas. Yo estaba admirada sin entender qué joyas eran aquellas y entonces me dijeron los ángeles que eran para el día del desposorio de mi alma. A los dos días, me dijo el Señor: “Hoy es el día del desposorio de tu alma conmigo, que se celebrará cuando me recibas en el santo sacramento. Y desde ese día en que tu alma recibirá de mí esta merced y regalo, no tendrá el demonio atrevimiento de la manera que solía para tratarte mal en el espíritu”. Fui a la iglesia, donde después de haberme recogido un rato como solía, fui a recibir a nuestro Señor (en la comunión) y, en poniendo las rodillas en las gradas del altar llegó el santo ángel de mi guarda, acompañado de otros santos ángeles con mucha alegría y, estando presentes algunos santos del cielo, me echó al cuello todas aquellas ricas y preciosas joyas. Estando así compuesta, llegó la Majestad de Jesucristo en la sagrada hostia y, en recibéndola de mano del sacerdote, sintió mi alma una divina y no acostumbrada unión con su dulcísimo esposo y Señor de tal manera que me pareció haberme mudado y como trocado desde aquella hora, de modo que no me conocía a mí misma y así se lo decía a mi confesor... Quedé de esta gran merced con una libertad grande en el alma para no temer al demonio y el mal tratamiento que en el espíritu me solía hacer; porque, aunque siempre me*

---

<sup>29</sup> A p. 58.

<sup>30</sup> A p. 62.

*persiguió, pero no con aquellos miedos y asombros en el espíritu que solía, antes me parecía que desde entonces me temía el demonio a mí y me respetaba* <sup>31</sup>.

A los pocos días me dijo nuestro Señor: *Mañana irás a nuestra Señora de la Antigua* (una parroquia de Valladolid) *y te daré una merced que te será de mucho consuelo y provecho, porque allí serás por mí y por mi santa madre, presentada y ofrecida al eterno Padre.* Venido el día siguiente por la mañana, movida de nuestro Señor sin acordarme de lo que había pasado y me habían dicho de que iría a la Antigua, me fui allá donde, después de un rato de oración, me fui a recibir a nuestro Señor y, en poniendo las rodillas en las gradas del altar, vi a la Majestad de Jesucristo y a su santísima madre cercada de ángeles, la cual, alzando los ojos al cielo y hablando con la Majestad del eterno Padre, dijo estas o parecidas palabras: *Padre eterno y Señor nuestro, yo te ofrezco esta sierva y criatura tuya ahora de nuevo y te suplico que de aquí en adelante la recibas de nuevo a tu servicio y desde aquí la ayudes, mires, ampare y defiendas de sus enemigos con el auxilio de tu gracia.* Este ofrecimiento lo aceptó el Padre eterno con mucha voluntad y después se fue la Virgen, despidiéndose de mí con mucho amor, dejándome muy consolada con tal favor y misericordia <sup>32</sup>.

Un día se le presentó la Virgen María y san José. Estaban presentes sus cinco ángeles custodios y vino hacia ella Jesucristo nuestro Señor con grande acompañamiento de ángeles y espíritus bienaventurados. Dice: El Señor de la Majestad me colocó, en el dedo que llaman del corazón un anillo o sortija preciosísima y en el mismo momento dio a mi alma una grande suspensión de modo que, estando de rodillas y algo inclinado el cuerpo, la cabeza se me cayó encima de la rodilla de la Majestad de aquel Señor; el cual, levantando los ojos, dijo unas palabras en latín de las cuales yo entendí que mandaba a todas las criaturas que estuviesen quedas y atentas y no me despertasen. En este rapto entendí misterios tan altos de los atributos y grandezas y ser de Dios y de los misterios de la vida y pasión de Jesucristo que no hay lengua que de ninguna manera los pueda explicar. Solo sé decir que todo este misterio duraría seis o siete horas y volviendo en mí de este rapto, quedó mi alma encendidísima en amor del Señor y de un conocimiento muy particular de su bondad y grandeza y de mi grandísima bajeza poquedad <sup>33</sup>.

*Después la santísima Virgen y san José me levantaron de donde estaba humillada y la santísima Virgen me abrazó, mostrando tener singular gozo de aquella misericordia que nuestro Señor me había hecho y dándome el parabién juntamente con su celestial esposo san José y mis santos ángeles, me dijo: “Es*

---

<sup>31</sup> A p 88.

<sup>32</sup> A pp. 88-89.

<sup>33</sup> A p. 90.

*tiempo de llevarte a tu casa. Yo y el santo José y los santos ángeles te hemos de llevar y acompañar". Yo les besé los pies y luego tuve un modo de sueño y suspensión y, cuando volví en mí, me hallé y sentí en mi rincón y cama y que estaban conmigo la santísima Virgen y san José y los santos ángeles. Luego se despidió de mí la santísima Virgen y san José y se fueron acompañados de muchos santos ángeles y yo me quedé en mi lugar bien admirada y humillada* <sup>34</sup>.

## **EL DEMONIO**

En una ocasión, vio en su aposento a un demonio pequeño y negro y los ángeles le dijeron al demonio: *Ven acá, traidor, y él se puso a la puerta todo temblando y ellos le dijeron. En el nombre del Señor te mandamos que entres aquí y barras y limpies la abominación que aquí en este lugar echaste tú y tus compañeros.* Luego el demonio, oyendo este mandamiento de los santos ángeles, con grande pena, tormento y confusión entró y comenzó a barrer y limpiar aquella inmundicia, echándola por una abertura que caía por medio del suelo del aposento y esto hacía con tanta pena y dolor, quejándose lastimosamente que parecía que le estaban dando un grandísimo tormento. En acabando de limpiar el aposento y dejándolo mucho más limpio de lo que estaba antes, él se sumió también por aquella abertura, dando voces y luego se cerró el suelo como estaba y los santos ángeles del Señor se quedaron conmigo como antes <sup>35</sup>.

Cuando el demonio vio los grandes favores que nuestro Señor le hacía especialmente el de la firma en blanco, envidioso y malicioso concibió gran rabia contra ella, deseando perseguirla y tentarla y atormentarla por todos los caminos que el Señor le diese licencia. Ella, de todas las tentaciones, salía con victoria por la divina misericordia, porque luego acudía a nuestro Señor a pedir su luz y así habiendo ella pasado muchas cosas, vio al demonio que estaba allí hablando entre dientes de modo que no le entendía, pero el ángel de su guarda le dijo lo que estaba diciendo: *Esta maldita que en todo esto que pasa nunca la he podido engañar, porque luego se va a su Dios y se aferra a él* <sup>36</sup>.

*Una noche me amenazaron los demonios como suelen y mis santos ángeles me dijeron que no temiese, sino que me esforzase por donde entendí que los demonios querían maltratarme como lo hicieron, viniendo cuatro de ellos en figura de hombres, vestidos de un blanco oscuro y asqueroso, y arrebatándome me llevaron a la puente del río mayor de esta ciudad y de lo más alto me arrojaron con gran furia en lo más hondo del río, adonde sintiéndome caer pensé que había de recibir grande daño. Hundida debajo del agua, fui llevada*

---

<sup>34</sup> Ib. p. 91.

<sup>35</sup> A p. 131.

<sup>36</sup> A p. 66.

*grande trecho de la otra parte del puente y, al salir encima del agua, los mismos cuatro demonios me volvieron a arrebatar e hicieron segunda y tercera vez lo mismo. Y siempre, cuando salía fuera del agua, me hallaba en manos de los ángeles y ellos, la última vez, me trajeron a mi cama y, aunque esto fue en visión, pero fue como si el cuerpo hubiera padecido el mal de los tres golpes dentro del agua, así me hallé con un terrible accidente de vómitos y desconcierto de malísimo humor, envuelto en sangre, con gran calentura y movimiento de todo el cuerpo. Después de dos o tres días, que duraron los dolores, me vi libre de ellos, acordándome del lugar de donde fui echada. Y de este caso estoy más cierta que pasó que de lo que veo con los ojos o toco con las manos, porque los sentidos del cuerpo pueden padecer engaño y el espíritu no por la larga experiencia que tengo.*

*Una noche, no pudiendo dormir, vi a los demonios alrededor de la cama. Entonces me dijo nuestro Señor: “Deja que tú les harás una burla para que tú reposes y ellos rabien”. Vi que su Majestad les mandó que tomasen la cama en peso y mansamente la moviesen como mueven una cuna para que se duerma la criatura en ella, lo cual hicieron mal de su agrado y yo me reía de ver juntamente como la movían y gruñían con grande rabia y para mi mayor consuelo me trajo nuestro Señor a la memoria otra burla que hizo san Bernardo al demonio que, yendo a Roma en un carro, el demonio le quebró el eje por burlarse de él y el santo, en nombre de Dios, hizo que el demonio sirviese de eje al carro hasta entrar en Roma.*

*Otra vez me tomaron en medio de dos de ellos, dándome muchos empellones y uno me arrojaba a otro y este al otro con grande pena hasta que los ángeles los amenazaron y echaron de allí. Un miércoles de ceniza oí un grande ruido como de lejos y vi a Cristo nuestro Señor que estaba allí, el cual hizo señas a los cuatro ángeles que están conmigo y, al momento cercaron mi cama. Luego vi venir una cuadrilla de demonios con tambores como de fiesta y danza, diciendo que venían muy alegres de los pecados de los cristianos en ese día, quebrantando el ayuno de la Iglesia. Todo esto lo fingían y decían por darme pena. Entonces uno de los cuatro ángeles fue a ellos y los amenazó y con esto solo huyeron y me dejaron <sup>37</sup>.*

## **LA PESTE**

El año 1599 una terrible peste invadía España. Iba muriendo en la ciudad (Valladolid) mucha gente, de modo que casi 700 personas morían cada semana, unas semanas más y otras menos, sin contar la muchísima gente que en los hospitales moría cada día. Era grandísima compasión ver lo que pasaba y más lo

---

<sup>37</sup> A pp. 70-71.

que se temía en adelante, por lo cual se hacían con mucha razón cada día muchas oraciones, procesiones y rogativas a nuestro Señor y a su sacratísima madre. Llegado el fin de agosto de esta manera, los jueces mandaron juntar los médicos para que, conforme a reglas de medicina, juzgasen si en el mes de septiembre y octubre, que eran para la salud más peligrosos, habría mayor mal y daño para ver conforme a ello lo que convendría más hacer, los cuales dijeron que, conforme a lo que sabían por sus reglas, sería mucho mayor el mal en aquellos meses que lo había sido en los tres pasados, lo cual como yo lo oyese, movida de compasión, me fui a nuestro Señor a pedirle misericordia. Su infinita bondad me consoló con descubrirme con luz particular que no sería mayor el mal en aquellos días, sino que en este tiempo por su misericordia cesaría su ira y comenzaría a mejorar el pueblo. Así consolada de parte de nuestro Señor con esta verdad suya, cuando decían con aflicción que temían perecer todos en aquellos meses, decía yo: No tengan miedo con la gracia de nuestro Señor. Y así fue, como su Majestad lo dijo, porque poco antes del fin de septiembre comenzó a mejorar el pueblo y fue poco a poco con la gracia de nuestro Señor cesando el daño y mal que padecía hasta que quedó sano y libre de aquel mal de muerte, de lo cual todo el pueblo mostró gran alegría y con esto comenzaron luego, como olvidados de lo que era más razón, a hacer grandes fiestas de muchos toros y comedias en aquellos días... El Señor me descubrió que había recibido disgusto, viendo el poco agradecimiento que en lo general y exterior mostraban tener por la merced recibida con desedificación de los buenos. Y dijo más su Majestad y descubrió a mi alma compadeciéndose por su bondad de aquella flaqueza e inadvertencia de los gobernadores del pueblo, lo cual provocaba su ira que era su voluntad que dijese yo de su parte a mis confesores que avisasen a los jueces y prelados de la ciudad. Yo hice lo que su Majestad me mandó y los padres de la Compañía hicieron también el oficio que nuestro Señor les mandó y encomendó y avisaron a los jueces y prelados de la queja de nuestro Señor y de lo que su Majestad quería y era su voluntad en esta ocasión, pero todos ellos y cada uno de por sí se excusaron en esta parte, dando excusas que a ellos les parecieron suficientes. Por eso el Señor me dijo: *Castigaré este desorden en ellos y en castigo de esa flaqueza les quitaré las personas convenientes y necesarias a su República*. Sentí mucho lo que nuestro Señor me dijo, pero vista la razón de su Majestad, me encogía y no sabía qué decir. De ahí a pocos meses murió una de aquellas personas que gobernaban y dentro de dos años las otras dos <sup>38</sup>.

## EL CIELO

*Un día del santo ángel de mi guarda, me dijeron mis cuatro ángeles: “Hermana, mucho ha que no ves la celestial Jerusalén, tu patria adonde has de ir. Ven acá y te llevaremos a que la veas, que así quiere el Señor y lo manda”.*

---

<sup>38</sup> A p. 463-464.

*Yo con mis temores ordinarios me hice un poco sorda, pero de ahí a un rato me llevaron y me acompañó mi santo ángel de la guarda, estando siempre a mi lado. Bien sentí ahora que me llevaron en espíritu, quedándose mi cuerpo en la cama, no muerto, que otras veces no sé cómo me llevaban. Ahora mi alma fue llevada a modo de una niña pequeña a la celestial Jerusalén <sup>39</sup>.*

*Llegué al cielo y el Señor me dijo:; “¿Qué haces?”. Yo quedé corrida y me arrojé al suelo y me postré. Era el suelo una como nube y el Señor me dijo: “Levántate, llégate acá y toma”. Tenía en la mano entre sus dedos una sortija muy rica y me la daba. Yo me encogí con mis temores pero mi santo ángel de la guarda me daba prisa para que me llegase y la tomase y los santos ángeles decían lo mismo. Cuando fui a tomarla, no vi la sortija, sino que el Señor tenía en la mano un ramillete de flores muy lindas y olorosas y que me las daba... Deseaba saber el misterio de la sortija y de las flores. Le pregunté a mi santo ángel y me respondió que descansase, que luego lo sabría, y de allí a buen rato, sin saber yo quien me hablaba, oí que me decían: “La sortija que el Señor te daba es significación de que eres esposa de Jesucristo y, como a tal, te daba el anillo de desposada. El ramillete de flores significa el premio y galardón de tus buenas obras” <sup>40</sup>.*

Los ángeles la llevaban muy a menudo a la Jerusalén celestial para que viese la gloria de los bienaventurados y se recrease con ellos y participase algo de sus gozos. Otras veces le mostraba florestas, jardines y paraísos muy amenos, aunque ella de su parte rehusaba semejantes alivios corporales. Finalmente. la divina providencia con una mano la apretaba con tormentos (dolores). que parecían quitarle la vida, y luego con la otra mano la llenaba de tales consuelos y favores que la reparaban; y mostróse en esto Jesús tan generoso que una vez le dijo que *a cada tormento que padeciese la acudiría con algún especial socorro y alivio*. Y Jesús encargó a sus ángeles y a muchos santos que le dio como abogados y patronos, que la cuidasen <sup>41</sup>.

## **EL LIMBO Y EL PURGATORIO**

*Un día, el Señor le mostró el infierno, el purgatorio y el limbo. Al cielo la llevaron muchas veces. Sobre el limbo de los niños anota. Vi un campo raso y en él una luz como oscura. En este lugar estaban muchas almas en figura de niños pequeños, los cuales andaban como por aquella luz oscura, levantados de la tierra. Estas almas parecían no tener pena ni gloria, andaban como sin sentido, las boquillas abiertas, los bracitos extendidos, como quien no tiene gusto ni*

---

<sup>39</sup> A p. 274.

<sup>40</sup> A pp. 274-275.

<sup>41</sup> A p. 74.



*disgusto, sino está como en suspensión. Los estuve mirando con harta pena y compasión* <sup>42</sup>.

*Un día el Señor me trajo a la memoria que sería bueno pedir por las almas del purgatorio y así le pedí por ellas. El Señor me dijo: “¿Cuántas quieres que libre de las penas en que están?”. Estando dudando de la respuesta, vi nueve almas del purgatorio que cada una decía con ansias: “Pide por mí, pide por mí, que soy muy pobre y no hay quien se acuerde de mí y no tengo socorro, sino los sufragios comunes de la Iglesia”. Un alma de un niño, que murió en tierna edad como de diez años, también clamó y dijo: “Pide por mí que, como morí niño, pensando que no tenía necesidad de sufragios, me han dejado penar los vivos”. Pedí por los nueve y el Señor me dijo: “En buena hora hágase como lo pides, pero hay entre ellas una que le falta mucho de satisfacer”. Yo repliqué: “Señor mío, todas han de salir”. Entonces dijo el Señor: “Norabuena, aplica tú la comunión por ella”. Hice lo que el Señor me mandó y en un instante todas aquellas almas se regocijaron y alegraron y el Señor les dijo: “Yo os absuelvo de todo lo que debíais”. Y los ángeles de su guarda las sacaron y las llevaron al cielo con sumo gozo y alegría, y en el camino salieron muchos ángeles del Señor a recibirlas y se hizo gran fiesta en el cielo a su recibimiento* <sup>43</sup>.

## LOS ÁNGELES

El ángel de la guarda se le manifestaba en figura de niño de hasta 10 años, muy hermoso y resplandeciente, vestido con una vestidura blanca, mostrando en su rostro grande, Majestad y poder. Una vez, con luz particular del Señor, entendió ser tan grande el ángel que le parecía bastante para trastornar el mundo. Quedó tan espantada de esto que muchos días no hacía sino decir entre sí: *Si un ángel tiene tan gran poder como este que he visto, ¿cuál será el poder del Señor de los ángeles?* Y como otra vez se le mostrase ricamente vestido y ella por su modestia no quisiese mirarle al rostro, le dijo: *Pues no me quieres mirar, el Señor te dará luz con que veas mi fortaleza.* Y al momento se le representó como un muro fortísimo en el cual ninguna bala pudiese hacer mella, como si fueran pajas. De esta manera, dijo el ángel, *es nuestro poder para guardar a los hombres y defenderlos de los demonios.* Con este poder y con no menos solicitud y cuidado acudía a guardarla y defenderla con un modo muy particular y diferente que los otros ángeles, los cuales de ordinario la trataban con una manera de cortesía, al modo que un amigo o compañero suele tratar con otro, pero el de su guarda lo hacía con imperio y como dueño de la casa. Entraba y salía y hacía todo lo que tocaba al bien de su alma, enseñándole, enderezándola e

---

<sup>42</sup> A p. 433.

<sup>43</sup> A p. 441.

exhortándola, reprendiéndola y castigándola, cuando era menester, y haciendo todo lo demás que un prudente, amoroso y cuidadoso ayo puede y debe hacer con el niño que está a su cargo <sup>44</sup>.

Una vez, su ángel le comenzó a contar los peligros de que la había librado desde la niñez, porque el demonio desde entonces la había perseguido. ¿No te acuerdas, cuando niña que querías sacar una cosa que se te había caído entre unas piedras grandes, que una de ellas se deslizó y venía a caer sobre ti? Pues sabe que la movió el demonio para matarte y yo lo impedí aunque te cogió los dedos y ahora tienes la señal en ellos. ¿Y no te acuerdas que subiendo una vez por unos riscos, estuviste a punto de despeñarte? Pues yo te saqué de ese peligro. Y de este modo le iba contando los beneficios que le había hecho después en edad crecida, en la cual, de ordinario, en las persecuciones y aflicciones que el demonio le procuraba, él salía con grande valor a su defensa con este poderoso enemigo hasta librarla de sus manos. Finalmente, dice ella, una vez mostrando mucho contento, me dijo: *Mira, yo tengo que llevar tu alma delante del acatamiento de nuestro Señor* y viendo el contento que mostraba y lo poco o nada que yo había hecho en servicio del Señor y las muchas faltas que tengo cometidas, le respondí: *¿Cómo una criatura tan indigna ha de presentarse ante su Dios?* <sup>45</sup>.

Cuando tenía 45 años, el Señor le dio otros cuatro ángeles que la guardasen y asistiesen siempre en su compañía. Y anota: Conozco, siento y entiendo con una luz muy particular de nuestro Señor que están presentes conmigo estos santos ángeles siempre y, aunque no los veo de ordinario, pero los veo muchas veces en ocasiones y necesidades que se me ofrecen naturales. Las cuales son, por ejemplo, si me tengo que levantar de la cama, lo cual hace muchos años que no puedo hacer sin su ayuda particular, levantándose ellos propios por sus manos y entonces los veo y dura todo el tiempo que nuestro Señor es servido el verlos entonces presentes, unas veces más tiempo y otras menos. También los veo y me ayudan de la misma manera cuando estoy muy flaca y no me puedo mover en la cama. Algunas veces acaece estar comiendo y me están mirando con un cuidado amoroso y con una atención y eficacia tan grande que parece cuidan con extraordinario amor de mí y de mis necesidades por pequeñas que sean.

En lo sobrenatural los veo, cuando por mandato de nuestro Señor me hacen algún castigo o me curan algunas llagas o enfermedades, y cuando el demonio con furia y rabia me quiere hacer algún mal.. Ellos declaran sus nombres. Entendí que los dos que estaban a su lado, el mayor se llamaba Fortaleza de Dios, que es lo que significa Gabriel. El menor se llamaba Rafael,

---

<sup>44</sup> A p. 17.

<sup>45</sup> A pp. 17-18.

que quiere decir Medicina de Dios, porque la curaba de las llagas que el demonio le hacía y la aliviaba en sus dolores. Los otros dos del otro lado tenían conforme a su oficio un nombre *Missus major* y *missus minor* (enviado mayor, enviado menor). El menor de ellos, con licencia de nuestro Señor, iba a hacer las cosas que le pedía y encomendaba como consolar enfermos o ayudar a los afligidos. El mayor iba a cosas mayores y, aunque tenían ambos apariencia de niños, mostraban sabiduría, poder y grandeza angelical <sup>46</sup>.

Ella tenía, además de su ángel custodio de toda la vida, otros cuatro ángeles extra. Uno de los cuatro, que se presentaba como un niño de unos dos años, estaba lleno de sabiduría y poder de Dios, dijo llamarse Paraninfo, que quiere decir el que anuncia una felicidad. Un día, después de un martirio de sufrimiento de más de 20 horas, sacó la mano de la ropa, colgando de la cama. Se acercó este ángel Paraninfo para besarle la mano, pero ella la retiró. El ángel le dijo: *Los ángeles del Señor tenemos grande estima de los que por su amor padecen trabajos con paciencia y resignación. No solamente les besaríamos las manos, sino los pies. Y, si en nuestra naturaleza angélica cupiera envidia, fuera por no poder padecer por el Señor como los hombres* <sup>47</sup>.

Un día estaba muy enferma y quería escribir: *Mi Señor, nada para mí y todo para ti*. Entonces se me acercaron dos de sus ángeles y me dijeron: *Tú no puedes escribir, porque estás muy enferma. ¿Quieres que te lo escribamos nosotros?* Y como les dijese que sí, lo escribieron en un pergamino con letras grandes de azul y oro. Me lo daban, pero yo me encogí y se lo dieron al santo ángel de mi guarda, que lo guardó como suele guardar cosas semejantes <sup>48</sup>.

Cuando estaba enferma en cama y no podía levantarse ni menearse de un lado a otro, acudían sus ángeles a ayudarle y se servían de forma aparente de brazos, pero la ayuda era con un modo espiritual y angélico sin que ella sintiese tacto de cuerpo humano y desviando los rostros con sumo recato. Y, si alguna vez estaban allí sus compañeras, queriendo ayudarla a levantar, ellos se retiraban hasta que, cayendo en la cuenta de esto, les avisaba con disimulación que la dejasen un poco y luego volvían los ángeles y le ayudaban a levantarse.

Una vez se le acercó el ángel de la guarda y para probarla puso su rostro en frente del rostro de ella, de modo que pudo mirarla de hito en hito fuera de su costumbre. Ella se turbó, extrañándole tal modo de ponerse cerca, como quien dudaba si era verdadero ángel el que esto hacía, pero él conoció su pensamiento y le dijo: *Mucho me has agradado en este encogimiento y recato que has*

---

<sup>46</sup> A p. 18.

<sup>47</sup> A p. 19.

<sup>48</sup> A p. 36.

*mostrado, porque lo que yo hice fue para probarte y ver lo que hacías. Persevera siempre en este recato.*

Otra vez, teniendo los brazos fuera de la ropa y queriendo meterlos dentro, como no pudiese por su flaqueza, acudió el ángel más pequeño que estaba en figura de niño de dos años a ayudarla. Ella se retiró y lo rehusó. Le dijo el ángel: *¿De qué recelas? Yo no soy carne, sino espíritu y, aunque fuera de carne, la edad en que me ves te había de quitar ese temor*<sup>49</sup>.

Un día vino san Ignacio a visitarla y le dijo: *Verás lo que te traigo. Y después de haberle dicho muchas cosas del cielo, vio que llegaron cuatro niños pequeños muy hermosos y graciosos a maravilla, vestidos con ricas vestiduras, cada uno de diferente color: uno de color azul, otro de color verde, otro de un encarnado muy precioso y otro de un morado muy fino. Dice: “Quedé suspendida, sin poder quitar los ojos de ellos, pensando si por ventura eran algunas almas de niños que llevó nuestro Señor para sí en su tierna edad”. Entonces me dijo nuestro padre san Ignacio: “No son, sino unos santos ángeles, que he pedido a nuestro Señor te dé ahora para que te guarden y ayuden por la falta que tienes de padre espiritual”. Oyendo esto, quedé muy consolada, y di muchas gracias nuestro Señor y a nuestro padre por aquella merced tan grande que me hacían y desde entonces se fue continuando la asistencia que tenían conmigo siempre los cuatro ángeles que hemos dicho*<sup>50</sup>. *Es de anotar que su presencia como niños era solo aparente en cuanto que se presentaban así para no incomodarla con su presencia a ella como mujer, sino para que los sintiera más cercanos y amigables, como si fueran niños humanos de verdad, pero tenían toda la sabiduría y poder necesarios para ayudarla en todo y alejar de ella a todos los demonios juntos.*

De modo que a partir de ese momento, Marina disponía de varios ángeles: su ángel custodio normal y otros cuatro que Dios le concedió por intercesión de san Ignacio.

Una tarde de agosto dice el padre Andrés de La Puente, la llevaron los ángeles a la plaza donde se corrían toros, no con ánimo de diversión, sino para estorbar la acción de muchos demonios que iban a sacar ganancia y que la maldijeron al verla. Ese día no ocurrió ninguna desgracia de las que solían ocurrir en semejantes juegos.

*El día de la fiesta del ángel de la guarda, que en Valladolid se celebra el primero de marzo, me mostró su Majestad en espíritu gran multitud de ángeles*

---

<sup>49</sup> A p. 55.

<sup>50</sup> A p. 84.

*de la guarda muy bien armados y con lanzas. Eran de grande hermosura y belleza. Los vi en un campo raso. En medio de ese campo había una boca como de infierno por donde intentaban salir muchos demonios para hacer mal y daño a los hombres. Los santos ángeles que rodeaban aquella boca infernal se lo estorbaban con grande fortaleza y los hacían hundir por aquella boca abajo. No vi que demonio alguno saliese por allí, antes a todos los vencieron y encarcelaron dentro de aquel infierno, por cuya boca vi cosas que no se pueden decir, que solo acordarme de ellas me pone mala. Oí alaridos de hombres condenados, de demonios que los atormentaban, todo era una confusión y grandes tormentos. Después que aquellos santos ángeles custodios hubieron vencido a los demonios, se colocaron en buen orden en dos hileras con dos banderas, delante de las cuales una llevaba el arcángel san Miguel, se partieron al cielo. Allí fueron muy bien recibidos de Dios y de los demás santos ángeles sus compañeros y el Señor les alabó lo bien que habían hecho venciendo a los demonios. Luego les ordenó una solemne procesión de todos los ángeles del Señor que hacían fiesta a los de la guarda y les cantaban alabanzas, y decían: “Estos son los fuertes del Señor, a quien encomendó la guarda de las almas redimidas con la sangre del Cordero”. Anduvo la procesión alrededor de la celestial Jerusalén con pompa y majestad y, en acabándose, todos los santos ángeles se colocaron en sus lugares <sup>51</sup>.*

## **SAN MIGUEL Y SAN GABRIEL**

*El día de la fiesta de san Miguel arcángel, estando en la cama enferma, oí que había en el cielo una gran fiesta y vi que los ciudadanos celestiales resplandecían como fuegos muy encendidos. Me encogí y, viendo los ángeles que estaban conmigo mi encogimiento, me tomaron en espíritu y me llevaron al cielo donde se hacía aquella solemne fiesta. Allí vi un rico trono muy grande y en él una corona muy preciosa y sobre la corona estaba la sortija que habían fabricado los ángeles con el título que decía: “Esclava de Jesucristo, mi Señor”. Luego se ordenó una procesión en que iba el glorioso príncipe san Miguel, hermosísimo a maravilla, cercado de innumerables ángeles y en su mano tenía un bastón en que estaban escritas estas palabras con letras grandes: “¿Quién como Dios?”. Tomó entonces un ángel aquella sortija y se la dio al gloriosísimo príncipe y él la puso en la punta, de su dedo y, mirando hacia mí, dijo delante de los demás ángeles: “Esta es la insignia de esta criatura que, habiéndola Dios hecho tal favor de celebrar con ella un desposorio tan regalado, le entró en el alma el espíritu de esclava del Señor y se tuvo por tal”. Yo, oyendo esto, me encogí confundida grandemente. Dio la procesión un vuelta por aquella Corte soberana hasta volver al lugar donde comenzó y, acabada, volvió el santo*

---

<sup>51</sup> A pp. 331-332.

arcángel la sortija al ángel que se la había dado y los demás me volvieron a mi lugar<sup>52</sup>.

*Un día se me acercó el santo arcángel san Miguel, me hizo la señal de la cruz en la frente y como aún sintiese debilidad, dio un soplo como quien quería alentarme con el aliento de su respiración y así quedé más alentada. Aquel día me hizo el favor de acompañarme cuando fui a la iglesia a oír misa y comulgar como solía. En marzo de 1615 se me puso delante un demonio muy alto y fiero y negro, muy desarrapado y mostraba en sí tener grande malicia, pero vi a mi lado a un ángel de grandísima majestad y poder, que parecía era poderoso para conquistar todo el infierno, el cual me dijo: “Criatura de Dios y alma redimida con la sangre de Jesucristo, yo soy el arcángel san Gabriel. Debes saber que vengo en nombre del Señor y por el oficio que me ha dado acerca de tu guarda y te traigo aquí este demonio”. Volviendo la mano y tocándole, el demonio se postró y tendió en tierra: “Debes saber que es el que mayor pena y aflicción y malos tratamientos te ha hecho y tú has de juzgarle y está en tu mano la pena y castigo que se le ha de dar por su maldad”. Yo le dije: “Arcángel del Señor, yo vivo por divina ordenación y todo lo que padezco lo miro en el Señor por cuya mano viene todo medido y registrado. Así que a mí no se me da nada de eso ni me toca ninguna cosa, solo deseo hacer la voluntad de Dios. Yo te cedo y traspaso mi derecho y todo lo demás que tú dices que tengo en esa parte que yo no sé más que hacer” Entonces el glorioso arcángel miró al ángel de mi guarda que estaba cerca de mí con los otros cuatro ángeles, y le dijo: “Ángel del Señor, a quien su Majestad ha encomendado la guarda de esta alma, bien has oído y visto lo que ha pasado. Di qué es lo que te parece a ti y a tus compañeros que se haga aquí”. Respondió el ángel de mi guarda con mucha reverencia y respeto: “Arcángel del Señor, nunca esta alma ha recibido daño ni menoscabo con las molestias, aflicciones y tormentos que por dispensación divina ha padecido del demonio, sino antes ha recibido más acrecentamientos de merecimientos”.*

*Entonces el arcángel san Gabriel, poniendo el pie encima del cuerpo de aquella bestia fiera y sacando de su cinta una espada como de un fuego muy fuerte, abrasador y muy espantoso, se la puso al demonio por sola la empuñadura sobre la cabeza y luego el demonio se confundió y hundió como un estado debajo de la tierra y daba unos gritos y alaridos muy espantosos como a quien le dan nuevos tormentos y el arcángel le decía: “Anda, traidor, con esas penas mortales a los abismos del infierno”. Y diciendo esto, se iba despeñando por unas aberturas de la tierra y peñascos muy terribles y siempre con mayores gritos y angustias infernales y cayó a los abismos, siempre a vista del arcángel san Gabriel, que con aquella su gran fuerza y fortaleza y con aquella su terrible voz le decía: “Vete, traidor, a los abismos infernales” y luego se cerró la tierra y*

---

<sup>52</sup> A pp. 94-95.

*el arcángel quedó allí cerca de mí y de aquellos santos ángeles que allí estaban*<sup>53</sup>.

*Otro caso parecido me sucedió el día de san Miguel. Me había hecho un demonio una grande molestia. Me visitó el santo arcángel y traía consigo atado a este demonio y me dijo: “Este es el que te molestaba, qué quieres que haga de él y qué castigo quieres que le dé yo”. Yo me encogí, diciendo que todo lo que el demonio hacía era con licencia de nuestro Señor y así no tenía nada que decir. El santo arcángel instó en decirme lo mismo y respondí: “Lo que yo deseo, ángel de Dios, es que le atajes de manera que no haga mal a ningún cristiano, tentándole de tal suerte que le derribe en culpa mortal*<sup>54</sup>.

## **DIFUNTOS**

*Una vez me hallé en espíritu con un enfermo, cuya salud deseaba y pedía a nuestro Señor. Lo vi tendido en el suelo, cruzadas las manos y vestido con una vestidura blanca. Luego vi venir un ángel con un libro abierto y a nuestro Señor un poco apartado. El ángel leyó al enfermo, estando hincado de rodillas, todas sus culpas y faltas, y sus virtudes y merecimientos. Halló que eran muchos más sus merecimientos y buenas obras y el Señor lo absolvió y le dio por libre de sus culpas y le declaró amigo suyo y le echó la bendición. Luego le vi morir, pero no dónde iba su alma. Después de muerto, lo vi y entendí que estaba en el purgatorio. Le dije que había ofrecido por él nueve comuniones. Me respondió que a la tercera se acabaría su pena y también supe las causas de ella y, entre otras, una era el demasiado amor que había tenido a su mujer y las demasiadas ganas de vivir. Acabada la misa el tercer día a la que el difunto asistió, lo vi subir al cielo acompañado de muchos ángeles y otros le salieron a recibir con unos hijos que se le habían muerto cuando niños.*

*En este tiempo murió un sacerdote de quien yo había recibido buenas obras y al día siguiente lo encomendé mucho a nuestro Señor en la misa que oía en mi oratorio, con ánimo de aplicarle la indulgencia y la comunión. Antes de comulgar, los santos ángeles trajeron a mi aposento su alma. Me parecía que venía muy congojada, rodeada de llamas, con grandes ansias de que se acabase la misa que le parecía muy larga, no lo siendo. En comulgando, se acabó su pena y quedó muy hermoso y resplandeciente, vestido como sacerdote, con vestiduras blancas como la nieve. Me dio las gracias y lo vi llevar al cielo muy gozoso.*

---

<sup>53</sup> A pp. 329-330.

<sup>54</sup> A p. 331.

*Otra vez vi el alma de un religioso por quien me habían pedido que aplicase la comunión por si estaba en el purgatorio. Habiéndolo hecho una vez, lo vi que estaba en su hábito en lugar más alto que los demás. Tenía los brazos puestos en algo muy extendidos y el rostro levantado, mirando al cielo, muy fatigado y penado, y tenía en la garganta una cinta de fuego a modo de grillo, la cual le detenía para no poder ir a ver a Dios. Estaba con esta pena y fatiga y, viéndole así, me compadecí en gran manera de él y más sabiendo que estaba padeciendo por pecados no graves y así por ser esto a media noche y haber de pasar horas hasta que yo comulgase, tomé presto una cuenta de indulgencia de sacar ánimas y recé. Fue suelta aquella alma de aquel grillo que la detenía y, vi el espíritu de aquel religioso, que le llevaban al cielo unos santos ángeles, de lo cual me consolé en gran manera.*

*Otra vez muchos años antes de esto, habiendo muerto un religioso que muchos años se había ejercitado en confesar mucha gente, a quien yo tenía mucha obligación y era hombre letrado, muy recogido y temeroso de Dios, viendo yo las muchas oraciones y misas que en todas las casas de su Orden se le ofrecían, me descuidé de encomendarle a nuestro Señor tan particularmente como era razón, haciendo poco caso de mis pobres oraciones y pensando que sin duda ya estaría en el cielo. Pero un día, entrando por la puerta de mi aposento a recogerme como suelo, vi estar allí aquel padre muy afligido y congojado y como cansado. En viéndole, le conocí y entendí que estaba en el purgatorio y, algo turbada, le dije “Padre fulano, pensé que hacía muchos días que estaba en el cielo”. Me respondió: “No estoy, sino en el purgatorio, por estas y estas faltas que tuve” y me las contó y no eran muy graves. Yo me espanté, viendo el poco caso que por ventura hacemos de las cosas que nos parecen que no son graves, sino ligeras y cuán bien se pagan en el purgatorio. Me dio gran lastima ver así a este padre y entendí que nuestro Señor había permitido que lo viese para que hiciese particular oración por él, aunque mis oraciones son de poco provecho, y para que también dijese a otros que hiciesen lo mismo. Lo hice así con cuidado y de ahí a algunos días me dio nuestro Señor luz particular de que este religioso estaba ya en el cielo <sup>55</sup>.*

*Por las cosas que quedan referidas se ve claramente que los ángeles no pierden el cuidado de las almas del purgatorio que han estado a su cargo hasta sacarlas de él y llevarlas al cielo. Pero ahora confirmaremos esto con algunos ejemplos. Habiendo muerto un caballero mozo, cuya salud yo deseé mucho, dije dentro de mí casi sin advertir en lo que decía y como inspirada y movida por otro: “Amigo, ¿cómo te cogió la muerte en medio de tu mocedad, en qué lugar estás?”. Al punto oí una voz que me dijo: “Así es como dices, pero estoy en*

---

<sup>55</sup> A pp. 442-443.



*carrera de salvación. Te pido que ores por mí al Señor, porque padezco penas increíbles”. Yo me turbé y congojé por haber dicho aquello dentro de mí y comencé a decir conmigo misma que quizá era mi imaginación. Entonces me dijo mi santo ángel: “Lo que es de Dios, no lo atribuyas a otro espíritu El que te habló fue el ángel que guardaba aquella alma para que hicieses lo que te pidió por ella”.*

Otro caso de mucho consuelo para las madres que tienen hijos muy desbaratados, cuya conversión piden a nuestro Señor con muchas lágrimas como santa Mónica pidió por su hijo san Agustín. Tal era una señora principal que, teniendo un hijo semejante, con grandes lágrimas y ansias pedía a nuestro Señor su salvación y, para alcanzarla, prometió a santa Mónica que metería monja a una doncella pobre en algún convento de religiosas agustinas y, tratando esto con doña Marina de Escobar, a quien visitaba algunas veces, ofreció de darle la dote para que entrase monja una sobrinita suya bien pobre. Murió la buena señora sin ver cumplido su deseo, dejando encomendado el cumplimiento de su voto al hijo. Él prosiguió con su modo de vida tan licenciosa que le mataron de repente, dejando mala opinión de su salvación entre todos. Pocos días después de esto (era el año 1622). Lo vio doña Marina en el purgatorio con terribles penas y le dijo: *¿Cómo estas ahí?*. Le respondió: *Un poco antes de que me mataran, se me apareció mi madre (sin que otros la viesen) y abrazándose conmigo me dijo con gran fuerza y eficacia: “Hijo, ponte bien con Dios que te aguarda presto un gran peligro”.* Fueron estas palabras dichas de tal modo que, ayudándome nuestro Señor, luego comencé a tener dolor de mis pecados con propósitos de enmendarme y dentro de poco me mataron y fue nuestro Señor servido que viniese al purgatorio, donde padezco terribísimas penas. Ten compasión de mí<sup>56</sup>.

Murió el año 1603 el padre Pedro de León su confesor, y al oír la campana de la Casa profesa de la Compañía, se fue allá y, a muy pocos pasos de su casa, vio que los ángeles llevaban el alma del padre confesor al cielo.

*Otra vez estaba orando por una parienta mía que había muerto. Su Majestad me dijo: ¿Quieres verla y te atreves a sacarla de donde está? Respondí: “Sí, me atreveré”. “Mírala”, me dijo. Estaba dentro de unas llamas a modo de una hoguera, aunque no con tanta aflicción como había visto a otras. Luego, haciendo la señal de la cruz, yo entré por las llamas y, aunque sentí el fuego, no fue mucho. Me abracé a ella y la saqué fuera y de ahí a un poco la tomaron los ángeles y la llevaron al cielo. En la misma hoguera vi detrás otras dos almas, que me rogaban me acordase de ellas, diciendo que eran las almas de*

---

<sup>56</sup> A p. 444.

*marido y mujer, unos pobres oficiales conocidos míos. Yo les dije que sí y rogando a nuestro Señor por ellas, las libró.*

*Otro día se me aparecieron juntos el padre san Ignacio y mi padre carnal, a quien yo otras veces había visto en el cielo, el cual me dijo: “Hija mía, no vengo a darte pena, sino a decirte por orden del Señor cómo te has descuidado de rogar por fulano, tu deudo, que está en el purgatorio hace tiempo. Haces oración por otros, hazla también por este”. Y llegando los ángeles, lo llevaron al cielo como acompañándole. Después de esto comulgué por el difunto y le apliqué la indulgencia. También oré por otra alma de un religioso y vi que las llevaban los ángeles al cielo y, volviendo a mirarme, me dieron las gracias por el bien que les había hecho. Fue tan grande la fiesta que hicieron los ángeles en el cielo a su entrada que pregunté la causa y me fue dicho que porque habían estado mucho tiempo penando. Y para que se vea que algunas almas están más tiempo del que comúnmente se piensa, en estas revelaciones supe que algunas habían estado veinte años, otras cuarenta y cincuenta y otras más <sup>57</sup>.*

## **BILOCACIÓN**

*Otra vez vi venir muchos ángeles, los cuales, en llegando cerca, dijeron a los cuatro ángeles que me asisten (además del ángel de la guarda): “Venimos de parte del Señor por esta criatura para ir con ella y llevarla a cierta parte que nuestro Señor nos ha mandado” y volviéndose a mí me dijeron: “Hermana nuestra, venimos de parte del Señor por ti ¿Quieres ir con nosotros y con estos santos ángeles tuyos que también te llevarán y acompañarán? Yo, admirada de lo que oía, respondí que quería y deseaba se hiciese en mi la divina voluntad. En diciendo esto, llegaron los cuatro ángeles con los demás y me cubrieron con un manto de un color muy apacible como de cielo, muy azul y claro, entretejido de un oro muy resplandeciente y me llevaron de tal modo y tan misterioso que casi no me vi ni sentí hasta que me hallé en la iglesia de san Benito el Real, rodeada de todos aquellos bienaventurados ángeles que me llevaron. Puesta a los pies del religioso sacerdote que, en aquella ocasión, estaba dando la sagrada comunión a otras personas devotas, yo también la recibí de su mano...*

Esta fue la visión tan admirable como provechosa en la cual se puede dudar si esta ida a san Benito fue solamente en el espíritu, pues ella no podía ir corporalmente, porque era pedir milagro y el Señor aprobó el buen modo que en esto había tenido. Más bien pudo su Majestad darle más de lo que pidió y que los ángeles la llevasen corporalmente, (aunque de modo invisible a los hombres)

---

<sup>57</sup> A pp. 441- 442.

para que allí, real y verdaderamente, recibiese el Santísimo Sacramento por mano del sacerdote y así le dijeron sus ángeles que había pasado <sup>58</sup>.

Otro día el Señor quiso que fuera llevada por mano de sus ángeles al Santo Sepulcro, donde fue enterrado. Dice ella: *Suspendiéndome, me hallé en una iglesia grande y en una capilla de ella vi un sepulcro con una losa muy grande, levantada del suelo un poco hacia la cabecera de ella. Fui allá adorando aquel santo lugar que era el sepulcro que yo deseaba mucho ver, donde estuvo el cuerpo de mi Señor. Diciéndole mil caricias, me puse a un lado y a otro. Al cabo de ello, lleváronme por algunas ciudades y yo encomendaba muy fervorosamente a nuestro Señor, la necesidad de aquellas gentes para que su Majestad las convirtiese; y en esto cesó la visión y me hallé en mi cama* <sup>59</sup>.

## VISIONES

*Un día, estando recogida en oración, vi a la Majestad de Jesucristo que estaba en pie a mi cabecera de la cama. Advertí que miraba y hablaba con otra persona y, mirándola, vi que era mi confesor. Yo estaba como suspendida, oyendo lo que el Señor le decía a mi confesor, que era esto: “Mira que te he dado a esta mujer como cosa propia tuya y como a tal la trates y la mires y consueles y la tengas a tu cargo”* <sup>60</sup>.

Las visiones que tenía sucedían a veces en vigilia, haciendo oración. Otras veces parecía mostrárselas Dios en los lugares donde sucedieron tales cosas, como en el portal de Belén, Monte Calvario, y, a veces, era arrebatada al cielo, en el cual unas veces sentía señales de que el cuerpo se quedaba en el lugar de antes, otras veces no sentía si el cuerpo se quedaba allí o iba en espíritu. El mismo san Pablo dice que *en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé fui arrebatado hasta el tercer cielo (2 Cor 12,1-2)*.

Anota: *El año 1599, una mañana, estando recogida como suelo, vi delante de mí la Majestad de Jesucristo, sentado como en una silla con aquella gravedad suya santísima tan grande y soberana que ni hay palabras con que poderlo decir ni encarecer ni tampoco entendimiento que lo pueda comprender. Estando así su Majestad, vi que tomó papel y pluma y teniendo un ángel el tintero con gran reverencia, comenzó él a escribir sin verle yo mojar la pluma en el tintero. Escribió muy poco y luego me mostró lo que había escrito, que era una firma en un pliego en blanco en la cual decía: “Jesucristo, Dios y hombre verdadero”, con una divina letra como de su sacratísima mano y luego me dijo: “Toma tú*

---

<sup>58</sup> A p. 195.

<sup>59</sup> A pp. 195-196.

<sup>60</sup> A p. 12.

*ahora esta firma y escribe ahí y pide lo que quieras y sea de tu gusto que yo te lo daré de muy buena gana”. Yo le respondí: “No hay para qué, bástame tu palabra y tu bondad”.*

*Volvió Jesús a tomar el papel que había firmado y escribió en él más despacio y más renglones, porque me pareció a mí que serían como hasta dos docenas o más, en los cuales decía que se daba por contento de hacerme merced de darme todo lo que yo pedía de muy buena gana y voluntad. Luego que hubo escrito, hizo un signo o rúbrica junto a la firma que había hecho y me mostró otra vez aquel escrito para que yo viese cuán cumplida era aquella merced que se me hacía... Después tomó el papel escrito y se lo dio a un ángel, que tengo para mí que era mi ángel de la guarda, que lo recibió en su mano, mostrando particular alegría con aquel escrito que le había entregado <sup>61</sup>.*

## **LAS LLAGAS**

*El 10 de septiembre de 1602 se me apareció Cristo nuestro Señor en figura de un serafín como a san Francisco y, de sus cinco llagas, salían unos rayos que daban con las puntas en mis pies y manos y costado y de donde se me recreció un dolor tan grande que acudieron los santos ángeles a curarme, como suelen para darme algún alivio. No para cerrarlas, porque antes mostraban gustar de que estuviesen siempre frescas y abiertas y así algún tiempo después de esto, vi un día (año 1613) estas llagas de pies y manos y costado de la forma que suelen estar las heridas ya secas y luego juntamente vi con los ojos del alma que el santo ángel de mi guarda tomó la mano izquierda y, como si tuviera un punzón, la traspasó toda sintiendo yo gran dolor. Luego pasó al otro lado e hizo otro tanto con la mano derecha. Después vinieron otros dos ángeles e hicieron lo mismo en los pies y costado. Como yo veía que estas señales eran interiores y que no parecían por fuera, me pasó por el pensamiento que, los que lo oyesen, lo tendrían por imaginación, pero nuestro Señor respondió a mi pensamiento que estas cosas, que no se descubrían por fuera, eran las más seguras <sup>62</sup>.*

## **CONVERSIONES**

*Un día la condesa de santa Gadea, Luisa de Padilla, y su esposo Martín de Padilla invitaron a Marina visitar su casa. Tenían ellos un esclavo moro muy enemigo de entrar en las iglesias y pertinaz en su secta. Íbase Marina con una compañera adonde estaba lavando el moro, porque era lavandero, y le hablaba de las cosas de su alma, haciendo oración por él. Comenzóse a enternecer su*

---

<sup>61</sup> A p. 64.

<sup>62</sup> A pp. 121-122.

*duro corazón y una noche soñó que, pasando por una iglesia, vio la puerta abierta y allí en un trono con gradas estaba un venerable varón, que le llamó y le dijo: “Martín, ven aquí”. Él respondió: “Yo no me llamo Martín sino Alí y no soy cristiano ni entro en las iglesias”. El santo le contestó: “Has de entrar en la Iglesia y llamarte Martín” y, llegándose a él le dio un golpe con que le hizo entrar. Contó este sueño a Marina, la sierva de Dios, con lo que se acabó de resolver y se hizo cristiano. Después, estando ella enferma, sucedió otro tanto con otros dos moros, esclavos de la condesa de Alcaudete y de su hija, enviándoselos estas señoras con algunos recaudos para que de allí tomase ocasión de hablarles de su conversión como lo hizo y se convirtieron, diciéndome el uno que había soñado que un varón muy venerable le había dicho: “Juan Bautista, mira que no hay salvación sino en la ley de los cristianos”. Y es de creer que estos sueños les venían por intercesión de esta sierva de Dios, que los ayudaba y disponía para que obrasen en ellos lo que deseaba* <sup>63</sup>.

Tuvo intervención en la famosa y casi gloriosa muerte de Don Rodrigo Calderón marqués de Sieteiglesias. Él era devoto de Marina y la favorecía con limosnas. Ella le aconsejaba en cosas espirituales. Cuando fueron a su casa a detenerlo, se asombraron al ver a un hombre tan altanero que afrontase tal situación con gran humildad. Su hijo Francisco declaró que su padre, teniendo avisos ciertos del mal estado de sus negocios y de que le querían prender, pidió consejo a Marina y ella le recomendó que por el bien de su alma se dejase apresar. Durante unos tres años permaneció en la cárcel y ella rezaba por él. El 21 de octubre de 1621 fue llevada por su ángel custodio al lugar de la ejecución y presencié la valerosa actitud de Don Rodrigo ante el cuchillo y su ejemplar muerte que se hizo famosa en todo el reino. Dos días más tarde el alma de don Rodrigo la saludó alegremente. Le dijo: *Nuestro Señor sea contigo madre mía, estoy gozando del Sumo Bien por la divina bondad y misericordia y por tu intercesión.*

## **SANACIONES**

A una criada de su propia casa, una noche le dio un dolor de costado y trataban de darle remedios para su cura, Mariana movida de compasión e inspiración de Dios, bajó a verla y preguntándole dónde le dolía, le puso la mano por encima con que se le quitó tan presto el mal que al otro día por la mañana se levantó y trabajaba como antes. Otra mujer, su vecina, tenía muy malo el pecho y no le aprovechaban los remedios. Fue una o dos veces a verla y tocarla por la parte más mala y poco a poco fue sanando. A otro vecino, estando apretadísimo de dolor de hijada y otros males, de modo que trataban ya de darle los sacramentos le inspiró nuestro Señor que la viese y pusiese sobre él la mano y

---

<sup>63</sup> A p. 470.

con esto mejoró. A su hermano y cuñada, que estaban muy apretados con enfermedades de cirugía casi sin esperanza de salud, sanó muy en breve por sus oraciones, a lo que ellos entendieron. Y lo mismo sucedió en algunas cosas con sus hermanas religiosas. Una monja que estaba en peligro de muerte y deseó tener alguna cosa de la sierva de Dios, teniendo confianza que con ella sanaría, le envió un rosario y con ello mejoró y sanó. Y le dijo nuestro Señor que había hecho esta obra milagrosa, no solo por la confianza que tuvo la monja, sino por lo mucho que la quería a ella <sup>64</sup>.

## SU MUERTE

La enfermedad final se inició el 26 de mayo de 1633. El demonio con permiso de Dios se presentó en figura de Jesucristo y le dio a beber veneno. Ella lo reconoció y uno de sus ángeles lo expulsó y la consoló, pasándole la mano por la cabeza. Se fue empeorando y el 5 de junio recibió la extremaunción. Siguió sintiendo muchos dolores en todo el cuerpo, menos en la cabeza, donde el ángel la había tocado. El 8 de junio se pararon los dolores. Se quedó en éxtasis y estuvo así hasta el 9 de junio en que murió.

Ante su cadáver pasaron seculares y eclesiásticos de distintas comunidades religiosas y gente noble al igual que gente humilde. El ayuntamiento preparó un ataúd recubierto con terciopelo carmesí, forrado en su interior de raso blanco con seis cerraduras: dos entregadas a la Ciudad, dos al Cabildo catedralicio y otras dos a los jesuitas. El 10 de junio se organizó el cortejo con personal de diferentes Órdenes religiosas, el Cabildo, cofradías y otras personas, alumbrados por la noche con velas donadas por el vizconde de Valoria. Los regidores de la ciudad también llevaban el féretro. Marina estaba vestida como solía andar, con su tocado ordinario, ropa de bayeta y un escapulario encima grabado en él un JHS, que había realizado ella hacía 40 años para ese momento.

Las honras fúnebres fueron restringidas, porque no podían entrar en la iglesia todos los que lo deseaban. Fue enterrada el día 11 casi en secreto para evitar tumultos. La enterraron en una bóveda que se había dispuesto en el presbiterio junto al altar mayor al lado de la epístola. Diecisiete años más tarde sus restos se trasladaron al lado del evangelio, lugar que en sus revelaciones había visto ella. Fue entonces cuando se entregó a las brígidas un brazo suyo como reliquia. El martes 15 comenzó un novenario de panegíricos organizado cada día por distintas Órdenes religiosas: dominicos, franciscanos, agustinos, carmelitas calzados, trinitarios calzados, mercedarios, jesuitas...

---

<sup>64</sup> A pp. 491-492.

Su fama de santidad no desapareció con su muerte. El 26 de agosto comenzaron los interrogatorios en vistas a su Proceso de canonización. En 1659 se hizo otro proceso sobre los milagros realizados y verificados hasta entonces. El padre Luis de La puente publicó la primera parte de su Vida en Madrid en 1665. En 1673 se publicó la segunda parte por el padre jesuita Andrés Pinto Ramírez.

El 11 de mayo de 1960 las religiosas brígidas cuya primera casa se estableció en Valladolid en 1637, a los cuatro años de su muerte, consiguieron el traslado de sus restos a su propio convento.

La más provechosa de sus revelaciones se refiere a la fundación en Valladolid del convento de religiosas brígidas. Dios quiso servirse de ella para introducir en España la Orden del Salvador basada en la Regla de San Agustín y que había fundado santa Brígida de Suecia en el siglo XIV. La Virgen y santa Brígida le revelaron cómo debía ser el hábito de las religiosas y todos los detalles de la vida en común. Quería el Señor que entraran chicas pobres, sin dote. Murió sin ver la realización del convento de las brígidas, pero a su muerte el padre Oreña interesó al conde-duque de Olivares y el convento se pudo fundar en 1637. Antes, viviendo aún Marina, había interesado al rey Felipe IV, que consiguió que el Papa Urbano VIII dictara en 1628 una Bula, aprobando las Reglas de esta Congregación.

Las religiosas fundadoras, encabezadas por la Madre Inés de la Asunción, eran agustinas recoletas del convento de Villafranca del Bierzo. A ellas se unieron la Madre María de Santo Tomás, agustina de Valladolid y sobrina de Marina, y algunas de las que fueron sus compañeras, que dirigidas por María González, siguieron viviendo en su casa. Las actuales religiosas brígidas constituyen la mejor justificación de su existencia y el testimonio vivo de su santidad.

## CONCLUSIÓN

Después de haber leído las páginas que anteceden, podemos alabar a Dios por sus maravillas en las vidas de los santos. La venerable Marina de Escobar todavía no es beata ni santa canonizada, pero sus experiencias, confirmadas por sus confesores, son suficientemente válidas para reforzar nuestra fe y guiarnos por el camino de la santidad en una entrega total al servicio de Dios y a cumplir su santa voluntad.

Ella, como todos los santos, fue fiel servidora del Señor y en todo momento trataba de hacer su santa voluntad. Y Dios no se dejó ganar en





